



F. B.

El resultado que dolió escuchar.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

F. B. (2024). *El resultado que dolió escuchar. Lado B, 1(1)*, p. 20-21. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5844>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

EL RESULTADO QUE DOLIÓ ESCUCHAR

Por F. B.

Hace diez años atrás, empecé a ir de médico a médico buscando la solución a mi baja de peso repentino, tras la fiebre de 40 grados todas las noches, estudios, análisis, etc.: que podía ser tiroides, que podía ser celíaca, que todo lo que comía me caía mal y nada. Un día, me levanté, no podía respirar y tomé la decisión de llamar al médico de mi obra social.

Llegó el médico, me examinó y me dijo que tenía que ser trasladada al hospital porque había algo mal en mí; no tuve miedo, solo quería saber qué era lo que me estaba pasando. Llegué a la clínica, médico de acá, de allá y nada. Llegó el momento de la tomografía y resultó que tenía neumonía. ¿Cuál fue el motivo de esa gran mancha en el pulmón? Viene la infectóloga y me dice que teníamos que hacer un estudio para saber si lo que tenía era VIH. Aparte de la neumonía, tenía una mancha en la lengua a la que jamás le había prestado atención, pero que era uno de los síntomas de la enfermedad.

Me desesperé, lloré, pensé mucho, lo presentía, pero no quería asumirlo, decía que no podía ser, que no, que a mí no me podía estar pasando esto. Pero llegó el día de los resultados, y sí, recibí el resultado que dolió escuchar. Sentí que me moría, que mi vida ya no tenía sentido; qué iba a pensar mi hijo, mi familia, mis amigos, en mi trabajo; cómo se lo contaba a mi mamá, la mujer más importante de mi vida. Quería despertarme y que todo fuera una mentira, pero no. Tenía que asumirlo.

Lloré mucho, busqué mil maneras de decirlo sin que me juzguen, sin lastimar a mis seres queridos. Después de muchos años de psicólogo y psiquiatra, pude contárselo a mi mamá, a mi hijo y a cada uno de mis hermanos. Hoy puedo contarle libremente, me siento segura y me cuido; en la unidad me brindan la medicación todos los meses y un refuerzo alimenticio todas las semanas.

Hoy en día, estoy en una organización, la Fundación Huésped, la cual ayuda a las personas desde 1989 en áreas de salud pública centrada en VIH/SIDA y otras enfermedades de transmisión sexual y reproductiva. Están tratando de conseguir que el testeo sea un estudio más de rutina, para poder prevenir; así como también esperan que salga una vacuna para los infectados que se pone una vez al año y no tomar todos los días un cóctel como lo hago yo. Por más que esté en un buzón, leonera, en un penal u otro, lo primero que me acuerdo es de no olvidarme de mi pastillero porque quiero que siga dándome inde-

tectable en mi carga viral en un estudio que me realizo cada seis meses para saber cómo está el virus en sangre. Actualmente, puedo decir que lo tengo controlado y me siento segura para poder hablarlo y contarlo sin miedo a los prejuicios. Miedos que fui perdiendo en este lugar.